

NUNCIATURA APOSTOLICA
EN EL PERU

AÑO SACERDOTAL **Inauguración**

Arequipa, 19 de junio de 2009
Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

Queridos hermanos y hermanas:

[

Con la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, la Iglesia celebra las maravillas del amor de Dios por nosotros, culminadas en el sacrificio pascual del Hijo de Dios en la cruz. La liturgia de hoy nos invita no sólo a contemplar el corazón traspasado de Jesús, símbolo de ese amor, sino, principalmente, a llevar a todos los hombres las riquezas de la redención con la fuerza del Espíritu Santo. A esta misión estamos llamados de una manera especial nosotros los sacerdotes. Se trata de anunciar a nuestros hermanos y hermanas la ternura del amor de Dios, del que nos ha hablado el profeta Oseas en la primera lectura: *“Cuando Israel era niño, yo le amé... Los atraía con lazos de amor y era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer... No ejecutaré el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím porque soy Dios y no hombre; en medio de ti yo soy el Santo y no me gusta destruir”*.

A los cristianos de Éfeso, como hemos escuchado en la segunda lectura, el apóstol Pablo les hace comprender la riqueza que han recibido con el conocimiento de Jesucristo; no hay otras riquezas dignas de nuestra consideración. *“Que Cristo habite por la fe en sus corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, puedan comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que se vayan llenando hasta la total plenitud de Dios”*.

En comunión con el Santo Padre Benedicto XVI, quien hace sólo unas horas ha abierto, con la celebración de las Segundas Vísperas de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, el "Año Sacerdotal", lo abrimos también nosotros aquí en la comunidad arquidiocesana de Arequipa. Este año especial lo ha proclamado Su Santidad con motivo del 150 aniversario de la muerte de San Juan María Vianney, el santo cura de Ars en Francia.

El "Año Sacerdotal", con el lema *Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote*, ha sido anunciado por el mismo Santo Padre durante la Audiencia a la Congregación para el Clero el pasado 16 de marzo; en su discurso, el Papa Benedicto XVI resaltaba la finalidad de la iniciativa, la de *"favorecer la tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual, de la que sobre todo depende la eficacia de su ministerio"*. Él presentaba al santo cura de Ars como *"ejemplo verdadero de Pastor al servicio de la grey de Cristo"*.

Nacido en 1786 de una familia de agricultores, la infancia de Juan María Vianney estuvo profundamente marcada por el contexto de la Revolución Francesa y su formación religiosa en situación de clandestinidad. No fueron pocos los obstáculos que se interpusieron en su deseo de abrazar el sacerdocio: el momento histórico, la oposición paterna, la falta de instrucción.

Ordenado presbítero en 1815, es destinado a Ars en 1818 y allí permaneció 41 años hasta su muerte el 4 de agosto del 1859. En la cotidianidad de un pueblito perdido, Juan María Vianney supo desarrollar una profunda acción evangelizadora centrada en la meta de conducir a las almas a Cristo Buen Pastor, por la oración, los sacramentos, la catequesis y el servicio a los pobres. Su fe en el poder de Dios y su testimonio de vida lograron poco a poco abrir el corazón de los parroquianos, que, cada vez en mayor número, acudían a su confesionario, "abierto" al menos doce horas diarias. Su sensibilidad no se limitaba, sin embargo, a la miseria espiritual, sino que llegaba a las necesidades materiales de cuantos encontraba; iluminado por la caridad, creó un orfanato para muchachas abandonadas y construyó dos escuelas, destinadas sobre todo a niñas y niños pobres, en un tiempo en que la enseñanza era reservada a los pudientes.

La "perfección espiritual", de la que habla el Papa, para nosotros sacerdotes es sinónimo de santidad sacerdotal. ¡Ojalá este Año Sacerdotal atice el fuego del deseo de santidad que arde en nuestro corazón! ¡Lo escuchamos tantas veces desde que pisamos por primera vez el seminario! Antes que sabio, santo; antes que simpático, santo; antes que buen organizador, santo. Santos porque representamos a Dios, porque debemos dar a Dios, porque los que nos buscan vienen buscando a Dios y Dios es el Santo.

En un pequeño libro sobre el sacerdote, respondía el novelista francés Franyois Mauriac, premio Nóbel de literatura, a la pregunta: ¿Qué espera Usted del sacerdote? "No le pido que me hable de Dios, sino que me dé a Dios. Para mí la prédica más eficaz del sacerdote es su vida. Lo miro y me basta". Y el P. Peyriguere, el discípulo del Beato Carlos de Foucauld, decía: "Cristo está paralizado por la masa de apóstoles que hablan de él. Pero Cristo tiene hambre y sed de apóstoles que lo vivan. El apóstol no recita a Cristo, lo da".

En la carta de presentación del Año Sacerdotal, dirigida a los Sacerdotes, el Cardenal Hummes, Prefecto de la Congregación para el Clero, escribe que en este año "la Iglesia quiere decir, sobre todo a los sacerdotes, pero también a todos los cristianos y a la sociedad mundial", que está orgullosa de sus Sacerdotes, que los ama y venera, que los admira y que reconoce con gratitud su trabajo pastoral y su testimonio de vida".

Trabajo pastoral y testimonio de vida. "Verdaderamente los Sacerdotes son importantes no sólo por cuanto hacen sino, sobre todo, por aquello que son". El Cardenal no elude tocar de manera general el daño que con su conducta han causado y están causando a la Iglesia y a sus hermanos aquellos que no se han conducido de manera digna, traicionando la palabra dada a Dios y a la Iglesia. Son cosas tristes, muy tristes, pero no nos deben asustar. También entre los Doce hubo un traidor. Y hechos como éstos los ha padecido ya la, Iglesia. Incluso testimonian que la Iglesia de Jesús, como El mismo, es una Iglesia de misericordia y que su fundamento no está en el hombre sino en Dios. Nosotros seguimos adelante. *"Dios nos encerró a todos en el pecado, para hacernos a todos objeto de su misericordia"* (Rm 11,32). La Iglesia no se arrepiente de habernos hecho sus sacerdotes. Pero ¿es fácil? ¿es difícil? ¿es posible ser un buen sacerdote?

El amanecer de la vocación no siempre coincide, como en el caso de San Pablo, cuyo año jubilar estamos concluyendo, con el ansia de santidad. Pero poco a poco el rostro de Jesús se fue haciendo más atrayente, más íntimo, nos contagiaba de ideales más altos y era cada vez más exigente y exclusivo: nadie ni nada era digno de que le entregáramos la vida sino a Él; porque en su amor se nos había entregado entero y era el único digno del nuestro y de nuestra vida.

El día de nuestra ordenación, postrados en tierra, invocamos a los santos. Los recordábamos y nos sobrecogía como a Isaías la invitación y la exigencia: "*Santo, Santo, Santo, Señor de la creación, la tierra está llena de tu gloria*" (Is 6). El todo Santo nos acogía para hacerse presente en nosotros y desde nosotros en el mundo. Nos estaba enviando como a su Hijo (para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). Este llamado se mantiene.

Sabemos que la santidad se alcanza cumpliendo con nuestra misión. No son dos vocaciones superpuestas. No es ser sacerdotes y además santos, sino ser sacerdotes-santos, en la totalidad de nuestro ser, **sacerdotes de verdad**.

El sacerdote representa a Cristo cabeza de la Iglesia. Está al frente de la Iglesia, la Esposa de Cristo, la Iglesia santa. Por eso ni siquiera hay que recordar, por evidente, que en él debe aparecer que ama a Jesucristo con toda el alma, de modo que en el mundo no puede haber para él otro amor más fuerte ni más profundo ni más exigente, ni fuente de una mayor felicidad. Amarle es buscarle, contemplarle, estar con él. Amarle es escucharle, releer una y otra vez su palabra, hablar de él, despertaren los hombres, nuestros y sus hermanos, que también a ellos les ama, que su vida tiene un sentido y ese sentido es alcanzar la amistad de Jesús. Amarle es contemplarle en la cruz y dejar que esa cruz nos vaya conformando a su imagen. Como para Pablo, para nosotros "*la vida es Cristo*".

Cierto que esto no se logra con las solas propias fuerzas. Muy seguro de sí mismo prometió San Pedro: "*Daré mi vida por ti*" (Jn 13,37), e inmediatamente después le negó tres veces. Pero, aprendida la lección, ese mismo Pedro, después de una noche sin pescar nada, o tras una pesca milagrosa en Su palabra, o después de comer la eucaristía, o en íntima conversación de amor, podrá decir con verdad:

"Tú, que lo sabes todo, Tú sabes que te amo" y le seguirá a donde la carne se niega a ir (Jn 21).

Querer ser buen sacerdote es querer ser santo. *"Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación"* (1 Ts 4, 3) - nos recuerda el Vaticano II citando a San Pablo Nuestro Señor Jesucristo predicó la santidad de vida a todos y cada uno de sus discípulos: *Sed vosotros perfectos como vuestro Padre Celestiales perfecto* (Mt 5,48). Envío a todos el Espíritu Santo, que los moviera interiormente para que amen a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (Mc 12, 30) Y para que se amen unos a otros como Cristo nos amó. Los presbíteros...crezcan en el amor de Dios y del prójimo por el ejercicio cotidiano de su deber, conserven el vínculo de la comunión sacerdotal, abunden en toda clase de bienes espirituales y den a todos un testimonio vivo de Dios, emulando a aquellos sacerdotes que en el transcurso de los siglos nos dejaron muchas veces con un servicio humilde y escondido, preclaro ejemplo de santidad, cuya alabanza se difunde por la Iglesia de Dios (y San Juan María Vianney es un ejemplo). Ofrezcan, como es su deber, sus oraciones y sacrificios por su comunidad y por todo el Pueblo de Dios, reconociéndolo que hacen e imitando lo que tratan. Así en vez de encontrar un obstáculo en sus preocupaciones apostólicas, peligros y contratiempos, sírvanse más bien de todo ello para elevarse a más alta santidad, alimentando y fomentando su actividad con la frecuencia de la contemplación, para consuelo de toda la Iglesia de Dios» (L.G. 39-41).

¡Ah, recordémoslo! El medio es conocido. Llevamos un tesoro precioso escondido en frágil cristal. El amor de Jesús es lo que nos hará fieles. El amor de Jesús que se alimenta de la oración; de los ratos tan largos como se puedan de confianza con Aquel que sabemos que nos ama; de la lectura y el estudio de las cosas de Dios, que vienen a ser la lectura y las noticias del amado. El no nos quitará el don de la mejor parte. El don de un amor como el de Pablo, que conoce de la cruz, que no quiere saber más que de Cristo y de Cristo crucificado. El don de un amor que confía en las gracias más abundantes, que brotan de su corazón, y que le dan fuerza para ir pisando sus huellas hasta la cruz, de la que ha hecho su gloria. Es el amor de Dios, que es un misterio. Decía Simone Weil: *"El sacerdote católico sólo es comprensible si en él hay algo incomprensible"*.

Dios, la Iglesia con sus hermanos sacerdotes, el servicio a sus hermanos católicos, al "sacerdocio real", aportándoles el perdón de los pecados, "el camino, la verdad y la vida", el esfuerzo de la misión y la búsqueda de la oveja perdida, son, todos lo sabemos, el camino de nuestra santidad.

Lo que tocamos, lo que debemos saber y estudiar, lo que debemos hacer, la palabra de Dios, los sacramentos, la Eucaristía, es santo y nos pide santidad. Manejamos realidades santas y nos rodea un mundo santo en una Iglesia santa, con María, madre santa e inmaculada, con multitud de santos que nos esperan. Y nuestra misión es hacer santos.

El "Año Sacerdotal" es tiempo de gracia para toda la Iglesia. A Ustedes, hermanas y hermanos, les convoca la Iglesia para pedir que Dios le conceda sacerdotes santos, según su corazón. El Papa ha subrayado que la Iglesia es exigente con sus sacerdotes por amor a Cristo y a los fieles confiados a ellos. Si el pastor está a la altura de sus responsabilidades, el pueblo fiel florece. Si el pastor se sustrae a ellas, el pueblo sufre. Por ello, se espera que el pueblo cristiano pida por la santidad de sus pastores; que adquiera o recupere el gusto de dar sacerdotes a la Iglesia; que aumente el número de familias que vivan con alegría la vocación de alguno de sus hijos; que oren por su perseverancia; que no desanimen a los que se sienten llamados. Comprenda el pueblo cristiano que la familia es el jardín más normal en que el Señor siembra las vocaciones; que toda familia se alegre de la llamada del Señor a uno de sus miembros.

S.E.R. Mons. Bruno Musaró
Nuncio Apostólico